



BIOGRAFÍA

DEL BRIGADIER

D. JOSÉ CABRINETY Y CLADERA.

Hondamente conmovidos y afectados por el sentimiento y la pena que nos causa la muerte de tan ilustre patricio, tomamos la pluma para tributarle el homenaje de nuestra gratitud y afectuoso cariño, publicando algunos detalles de su vida, para que sepa Cataluña, que tanto le enalteció, que no fué un militar improvisado.

Árdua, difícil es nuestra misión, porque el dolor embarga nuestros sentidos, el llanto nubla nuestros ojos, ahoga nuestra voz, y la ira hace temblar nuestra mano al considerar que las viles pasiones que se han puesto en juego para amenguar su popularidad, han sido la causa principal del desastre que deploramos.

¡Cabriny ha muerto! Estas mágicas palabras han producido en el pueblo Barcelonés el efecto de una bomba, que al estallar todo lo conmueve. En los unos ha sembrado el espanto, en las masas despertó y avivó el entusiasmo y el amor patrio, que juran el exterminio de los asesinos incendiarios que profanan el nombre de Dios y la religión que están invocando.

José Cabriny y Cladera nació en Palma de Mallorca el día 26 de Julio de 1823. Su padre, militar también, murió en edad temprana, dejando como nuestro deudo, siete hijos todos varones. La desconsolada viuda, su virtuosa madre, imitando á las matronas romanas, destinó al servicio de la patria á seis de sus tiernos hijos, reservándose uno tan solo para que le sirviera de báculo en la vejez. Su noble desprendimiento, su abnegación, después de mil contratiempos é inquietudes, le ha proporcionado el placer de verlos á todos ocupar elevados puestos: el uno Brigadier, otro Coronel, otro Teniente Coronel, otro Comandante, otro Capitán en el ejército de Filipinas y el otro Teniente de navío.

En enero de 1837, antes de cumplir catorce años, por una gracia especial, Cabriny entró de Cadete en el Regimiento de Gerona, número 22, que se hallaba en las provincias Vasconas, formando parte de la división del general Odonell.

Esta misma división, al mando de dicho general, se trasladó al bajo Aragón el 22 de setiembre de 1839. Asistió á la toma de Muravie y sus alturas el 27 de octubre siguiente; á la toma de los fuertes de Aliaga, el 11 de abril de 1840, y á la toma de Morella por el ejército de operaciones que mandaba el general Espartero, de quien fué siempre admirador entusiasta. Por estas acciones de guerra se le confirió el empleo de Subteniente en 26 de mayo de 1840.

Terminóse aquella desastrosa lucha y como siempre Cabriny abrigó ideas muy avanzadas y deseaba para su patria una libertad lata pero razonada, por no haber querido secundar el pronunciamiento del año 1843 se le dió licencia absoluta juntamente con sus otros tres hermanos.

Retiráronse á su país natal y permanecieron al lado de su madre que adoraban, hasta fin de febrero de 1855 en que todos tres volvieron á entrar en el servicio militar. Entonces se le concedió por antigüedad, el grado de Teniente y la cruz de distinción militar.

En 1859, cuando sobrevino la guerra de Africa, D. José Cabriny era Capitán del Regimiento del Rey n.º 1.º, el cual formó parte del Ejército de operaciones al mando del general Echagüe. En aquella ruda campaña, Cabriny demostró mucha serenidad y valor en la toma del Serrallo y sus alturas inmediatas: tomó parte en los combates habidos en los días 22, 24, 25 y 30 de setiembre, 12, 15, 20, 25 y 29 de diciembre de 1859; 1.º de enero, 3, 4, 6 y 7 de febrero de 1860, y en el del reconocimiento de los Castillejos.

Firmada ya la paz con Marruecos se le concedió el grado de Comandante en 20 de mayo de 1860 y por acuerdo de las Cortes fué declarado *benemérito de la patria*. En 19 de enero de 1859 obtuvo la cruz de San Hermenegildo: en 14 de agosto de 1861 por la toma de los Castillejos, la cruz de S. Fernando de primera

clase: en 1866 la cruz blanca del mérito militar de 2.ª clase. Desempeñó varias comisiones importantes, y en 1871, el actual ministro de la Guerra, estando de gobernador militar de Barcelona, le confirió interinamente la sargentía mayor de la plaza, que vacó, apesar de su inferior graduación, porque solo Cabriny le merecía confianza.

Era teniente coronel graduado, cuando se renovó la insurrección de los carlistas y considerándose desairado y atrasado en su carrera gestionó y suplicó á sus inmediatos jefes que le permitieran salir á campaña como le correspondía y no cesó en sus gestiones hasta que obtuvo el mando de una pequeña columna destinada á vigilar las inmediaciones de Villafranca.

Entonces desplegó las verdaderas cualidades de un guerrillero, y su actividad le valió que sus émulos le tildasen de temerario, solo porque recorría siempre de noche los sitios en que acostumbraban guarecerse las partidas de insurrectos que vagaban por aquellas inmediaciones. Las autoridades de todas las poblaciones que recorrió en el espacio de dos meses pueden atestiguar si llenó bien su misión y cumplió con su deber.

Pasó luego á operar en la provincia de Gerona en que tuvo mas ocasión de distinguirse, y si la suerte de las armas le fué siempre propicia, lo debió á su regimiento de América, que tenía en su jefe una confianza ciega, por los ejemplos de valor é intrepidez que les daba y sobre todo por la paternal solicitud con que procuraba el bienestar del soldado.

En los once meses que empleó en esta campaña tuvo cincuenta y un encuentros con los carlistas. Su expedición tan atrevida como arriesgada para libertar á Puigcerdá, inmortalizará el nombre de Cabriny y ocupará un lugar preferente en los anales de nuestra historia contemporánea.

Nombrado gobernador militar de la provincia de Lérida en 5 de junio último, se presentó de improviso en la capitán general del Principado á recibir órdenes, en el momento crítico en que las autoridades de Barcelona estaban allí reunidas para deliberar sobre los acontecimientos de Igualada. Al anunciar su nombre creyeron todos que era la Providencia quien le enviaba para salvar aquella situación, y todos unánimes le designaron como el único capaz de dominarla.

Por mas que le repugnase corregir faltas ajenas, la obediencia militar y el deseo ardiente de servir á la patria le obligaron á aceptar tan delicada misión. Presentóse sin aparato de fuerza á aquella tropa que se decia tan indisciplinada, y después de haber oído su voz y hacerles conocer su falta, le aclamaron por su jefe, prometiendo obediencia ciega á sus mandatos. En esta situación, su honra militar exigía poder demostrar á esos intriganes cortesanos, que tanto le calumniaban, que el jefe es el que hace bueno al soldado.

Cerciorado de las causas que motivaron aquella sublevación, lamentable siempre, no tuvo inconveniente en hacerse cargo de aquellas tropas y todos hemos tenido ocasión de ver que, apesar de la falta de oficiales y del aislamiento en que se dejó á Cabriny, supo sacar de ellas todo el partido posible, habiendo tenido dos ó tres encuentros con los carlistas en las largas y continuas marchas y contramarchas que ejecutó.

De las informaciones que en Igualada se tomaron resultó que si las tropas se sublevaron contra el general Velarde, fué por el mal trato que recibían de algunos de sus jefes y por la inacción en que se les tenía.

La sumisión que estas tropas le prestaron contribuyó á que sus contrarios crearan una atmósfera ponzoñosa cerca del Gobierno de Madrid, perjudicial en extremo á Cabriny, porque les indignaba su popularidad y porque veían en él un enemigo que contrariaba sus planes reaccionarios. Al aislamiento ó abandono en que se le ha tenido y á los medios empleados para desprestigiarle, debe ciertamente atribuirse la catástrofe de Alpens.

Sabemos que fué tal su desesperación al recibir los avisos y consejos que un amigo suyo le daba desde Madrid, pocas horas antes de comenzar el combate, que exclamó, *yo demostraré á mis calumniadores que las tropas que están bajo mis órdenes cumplen siempre mis mandatos, ó perezo en la demanda*. Su arrojo, su indomable bravura, le hizo acometer una empresa te-

meraria; pero que le hubiera aun llenado de gloria si la autoridad de Alpens no le hubiese engañado tan vilmente.

Permitásenos dar sobre este hecho de armas los detalles que nos han suministrado testigos oculares é imparciales; puesto que no ha podido obtenerse parte alguno oficial de los jefes que iban con la columna.

El brigadier Cabriny se hallaba el día 9 de Julio por la mañana en Prats de Llusanés, donde tuvo noticia que las facciones reunidas le esperaban en Alpens. A consecuencia de este aviso, tomó sus disposiciones y después de una corta arenga á sus soldados, que le ofrecieron morir ó vencer en la pelea, emprendió su marcha, y media hora antes de llegar á Alpens, recibió un parte del Alcalde en que le manifestaba que Savalls, con 1,200 hombres había abandonado la población y marchado por el camino de S. Quirze de Besora. Al leer este parte, mandó hacer alto á su columna sin duda para meditar mejor la resolución que debía tomar. En esta situación, se le acercaron algunos oficiales á manifestarle, que atendido el cansancio de la tropa podían pernoctar en Alpens; á lo cual contestó, que le era indiferente y que de este modo se informaría mejor respecto de la dirección que habían llevado los carlistas.

Mandó continuar la marcha, yendo de vanguardia algunos guías de Solsona y tres compañías de tropa. Entraron estas en el pueblo, que creyeron abandonado de sus habitantes porque á nadie se veía, y ya internados en él, se les hizo una descarga cerrada que produjo bastantes bajas. En el acto vieron asomarse por las alturas que rodean el pueblo, numerosos grupos de carlistas.

Comprendió Cabriny que estos le habían armado una emboscada y que el Alcalde le había engañado villanamente; dividió su tropa, que formaba un total de 900 hombres en tres partes, destinados una á atacar el pueblo por la derecha, otra por el centro, y Cabriny se puso al frente del ala izquierda para entrar por la parte opuesta y reunirse todas en lo alto de la plaza.

Apenas había dado estas disposiciones vieron que Saballs con su gente bajaba por la derecha, Vila del Prat entre la izquierda y el centro amenazando la artillería y Huguet saliendo por el frente protegido por la gente que tenía emboscada en las casas, y campanario. El jefe que mandaba el ala derecha se turbó y las tropas viendo que les faltaba quien las animase, retrocedieron en buen orden y se colocaron á retaguardia.

Al ver esto los carlistas atacaron de firme y pusieron á toda la columna en una situación desesperada. Entonces Cabriny se puso al frente, mandó disparar algunos cañonazos contra la población y ordenó que á la carrera se apoderasen de ella hasta llegar á la altura de la plaza.

Habiendo entrado toda la columna en la población ganando el terreno palmo á palmo, se parapetó en las casas y se defendió con bizarría, pero al ver que no se adelantaba lo que el jefe deseaba, gritó «adelante cazadores, adelante hasta llegar á la plaza.»

Con siete ú ocho cazadores que salieron de las casas, embistió á los carlistas, diciendo á su asistente que le seguía con el caballo de la brida, que se metiese con él en una casa. Apenas llegó á lo alto de la plaza con sus seis valientes cazadores, una bala lanzada desde la torre, le dejó cadáver instantáneamente, porque le entró por la parte derecha del cuello hacía el corazón. Serían las nueve de la noche cuando murió este distinguido jefe y los intrépidos cazadores que le seguían. Sus dos asistentes, que le querían como á un padre, le recogieron y lo introdujeron en una casa inmediata. Apenas cundió la noticia de esta terrible desgracia, la tropa se consternó, lamentando todos su muerte porque aunque severo, trataba al soldado con dulzura y todos le querían. Los soldados, apesar de verse sin su jefe, en quien tenían confianza ciega, y sin oficiales, siguieron batiéndose desesperadamente. Mas tarde se presentaron dos ó tres oficiales á reanimarles para ver si podían salvarse por medio de un grande esfuerzo. Uno de ellos que llegó también hasta la plaza, después de hecho prisionero, fué muerto por un carlista de un hachazo en la cabeza. Otro muy valiente, embistió con seis ó siete soldados á los carlistas que estaban en la plaza, se



D. JOSÉ CABRINET Y CLADERA.

Ayuntamiento de Madrid

abrió paso á la bayoneta, llegando hasta las últimas filas enemigas, pero murieron todos aunque también matando.

El fuego comenzó, como hemos dicho, á las seis y media de la noche y continuó violentamente hasta cerca de la una, en que los carlistas, viendo la resistencia tenaz de la tropa y las muchas bajas que tenían tocado alto y comenzaron á prender fuego á las casas.

De 800 hombres que habían entrado en fuego, 700 habían quedado prisioneros; algunos pudieron salvarse por la oscuridad de la noche; hubo 43 heridos y 62 muertos la mayor parte asesinados.

La tropa no halló en la población ningún habitante porque todos los hombres estaban en armas juntamente con los de todas las poblaciones limítrofes, los cuales faltos de municiones tiraban hasta con perdigones según las señales que se notaban en algunos de los heridos que se recogieron y trasladaron á Vich.

La circunstancia dicha de hallarse el pueblo de Alpens abandonado y el parte enviado por el Alcalde demuestra que el malogrado brigadier Cabrinety fué víctima de una villana traición.

Tal es el hecho de armas que ha puesto fin á los días de uno de los militares más bravos y pundonorosos de nuestra época. Cabrinety cumplió la resolución que había tomado de morir ó vencer al frente de las tropas, momentos antes de comenzar el ataque; acción heroica que no supieron, ó más bien que no tuvieron valor de ejecutar sus émulos, sus contrarios, como era su deber.

Cabrinety ha muerto idolatrado por el pueblo catalán, que ha sabido hacer justicia á su talento militar, á su actividad incansable y sobre todo á su deseo ardiente de dar la paz á Cataluña.

Un escritor notable por la sencillez y elegancia de sus escritos, le tomó grande afición y se constituyó en cronista de sus recientes hechos; nosotros que conocíamos á fondo á Cabrinety no sabemos qué admirar más en este escritor ilustrado, si la exactitud en los hechos que de él ha referido, ó la rectitud del juicio que del carácter de este héroe ha formado.

En su brillante carrera militar patentizada en su hoja de servicios, no se hallará la más pequeña prevención, la más pequeña mancha que pueda empañarla. Cataluña le llora, porque ha perdido uno de sus más ardientes defensores, y quiera Dios que pueda hallarse otro hombre, otro genio que pueda reemplazarle con ventaja, para salvar nuestras vidas y haciendas amenazadas.

Digamos algo también sobre el carácter y vida privada del brigadier Cabrinety, á quien se puede describir de dos formas diferentes.

Antes de comenzar esta lucha era de temperamento línfático y comunmente estaba calmado. Hablaba poco; su mirada era entonces dulce y el ser más débil podía someterle. Pero si se exigía de él que traspasara los sanos principios que el derecho natural había clavado en su mente, entonces se sublevaba su irascibilidad y podía compararse á aquella mar tan mansa y tersa cuya superficie se confunde con el azul del cielo y que de repente se eriza movida por el huracán elevándose en pardas montañas, removiéndose hasta el fondo cuanto se halla bajo su superficie. Pero desvanecidas esas tempestades excepcionales y raras en él, su carácter suave por temperamento, y bondadoso por naturaleza, le hacía explotable por todos aquellos que tienen por costumbre el pedir favor. Sin embargo, le habían vuelto un tanto reservado los muchos desengaños que había recibido.

Liberal para con todos, no tenía nada propio, y cuando se le acercaba algún desgraciado en ocasión que no le era posible socorrerle, sabía desprenderse hasta de su prenda más preciosa para satisfacer la necesidad.

Sus ideas, como hemos dicho antes, fueron siempre adelantadas: aspiraba á llegar á la perfectibilidad humana; á esa fraternidad universal por los hombres honrados tan deseada, la que le tenía tan embebido, que ya se hacía la ilusión de que llegaría un día en que en medio del mayor orden vería caer las cordilleras y hundirse los mares que imponen al género humano ese extrañamiento al parecer perpetuo. Confiaba que por medio de una constitución bien ordenada, á la vuelta de pocos años desaparecería por completo el salvajismo, la intolerancia y que seríamos todos por igual miembros útiles de la gran sociedad constituida por el mundo, sin necesidad de levantar ni sostener ejércitos que vigilen y nos guarden mientras nos entregamos al descanso. Así es que su mayor, su primera aspiración, era poderse retirar al hogar doméstico porque había adquirido la convicción de que solo en él podía disfrutar los verdaderos gozos de la vida.

Por esta razón, después de llenados sus deberes militares daba paso á los que le imponía el amor de su familia. Era de ver como un hombre de su talla, con aquellas facciones severas, en el hogar de su casa acariciaba con el acento más dulce á su esposa querida y jugueteaba con sus tiernos hijos, como lo hacía la mujer más dominada por el instinto de madre. Quien hubiera visto á Cabrinety en el seno de la familia no hubiera vislumbrado jamás que pudiese ser aquel soldado tan temido. Su modestia era excesiva, y siempre se le veía colocar en el último lugar cuando se trataba de repartir alguna gracia, algún obsequio; pero si se pensaba en herirle, sus ojos, de los cuales

se desprendía la dulzura de su alma, centelleaban y las chispas que de ellos se desprendían iban á apagarse en el fondo del alma que le había provocado.....

Cabrinety ha muerto al entrar en flor el desarrollo de sus ideas democráticas puras, y ¡quién sabe si su último pensamiento lo dedicó á esa felicidad inmensa que constituía toda su ambición! O tal vez maldijo aquellos entorchados que le habían presentado en la escena como un hombre de guerra, cuando su misión era morir por la paz que deseaba para todos tan ardentemente! Mas dió su sangre por la patria y esta la vengará clavando un recuerdo del mártir en el corazón de cada uno de sus hijos por toda una eternidad.

Para que el pueblo catalán, al que exclusivamente dedicamos estas líneas, pueda comprender la verdad de cuanto dejamos espuesto, respecto de su bondad, de su templanza y de su irascibilidad, hemos creído conveniente acompañar á esta desaliñada biografía, dos de sus retratos; el uno sacado un año antes de comenzar esta campaña, que respira amabilidad, dulzura y bondad, y el otro un mes antes de su muerte, que demuestra cuanto su cuerpo y su alma padecieron en el espacio de un año con esa vida activa, en esa persecución tenaz para exterminar esas hordas de salvajes, de manera que nadie dirá que son del mismo hombre, y podemos afirmar que hasta sus tiernos niños, sus hermanos, sus deudos y amigos le desconocieron, cuando un mes há se les presentó por la última vez como una sombra que desapareciendo va. De la fisonomía antigua no conservó más que su erizado bigote, pero lo que en carnes perdió, lo ganaron sus nervios endurecidos por la fatiga, y sus ojos que infunden respeto y demuestran vigor.

El Brigadier D. José Cabrinety y Cladera era un hombre ejemplar. Buen hijo, buen hermano, buen esposo, el más cariñoso y bondadoso de los padres y el mejor de los amigos. Su trato entusiasmaba y engendraba el más profundo cariño. Nosotros los que le queremos, nosotros los que le admiramos, procuremos imitarle en sus virtudes, en su desprendimiento, en el sacrificio que ha hecho de su vida en aras de la patria. Reunámonos todos al rededor de su féretro y que nuestra divisa sea también patria y libertad; y así como las autoridades y corporaciones populares de Barcelona han elevado á las Cortes soberanas una sentida exposición para que ampare á la viuda y á los hijos de nuestro héroe infortunado, pidamos también al Dios de los ejércitos gracia y misericordia para su alma, y para nuestra pobre nación española su perdón, la libertad, la paz y su prosperidad.—R. R.

El jueves 24 tuvo por fin lugar el entierro del héroe, cuya pérdida lloramos. La ovación espontánea é imponente que el pueblo barcelonés le ha tributado, es difícil describirse. Todos las clases de la sociedad estaban representadas en el cortejo fúnebre, excepto una, cuya falta notamos con harto sentimiento de nuestro corazón, puesto que había sido general la invitación.

Serían las tres y media de la tarde cuando se presentó á la vista de la estación del ferro-carril de Granollers el pequeño tren que conducía el cadáver. El rico ataud que lo contenía estaba colocado en el primer wagon, cubierto de paño negro con franja dorada y en letras grandes se leían las siguientes inscripciones: *Berga, Ripoll, Viladrau, Puigcerdà, Alpens*. En el testero del wagon estaban enlutadas las armas de Barcelona y la bandera nacional con gasa negra. Cuatro ingenieros, con sus uniformes de gala, colocados en los cuatro ángulos, custodiaban el cadáver. En el segundo wagon, forrado también de negro, venía la guardia de honor mandada por el valiente y simpático coronel graduado, comandante de ingenieros señor de Angulo, amigo íntimo del difunto brigadier; y el tercer wagon, que estaba contiguo á la máquina, lo ocupaban algunos soldados montados pertenecientes á la escolta de honor. La perspectiva que todo este conjunto presentaba honraba mucho á la dirección de la compañía y empleados de dicho ferro-carril que lo dispusieron y ordenaron con el mayor desprendimiento y abnegación.

Á las cuatro en punto se personaron en el andén de la estación para recibir el cadáver la autoridad civil de la Provincia, el Sr. Capitán General interino, la Junta de salvación y defensa, el Vice-Presidente y varios individuos de la Diputación provincial, Jueces de primera instancia, gefes y oficiales de todas las armas, el director del Instituto y una delegación del claustro, otra del claustro universitario, los Comités local y provincial del círculo republicano, el Estado catalán, diferentes clubs, casinos, varias personas en representación del Ateneo, Sociedades literarias, comercio, industria y agricultura, la prensa y cuanto de notable encierra el partido federal republicano de Barcelona.

El cortejo fúnebre precedido de los municipales de á caballo vestidos de gala, recorrió las calles principales de Barcelona en medio de un gentío inmenso, que se movía silenciosamente como las olas tranquilas del mar y era imponente su recogimiento. La música armoniosa de la artillería tocaba marchas fúnebres de trecho en trecho. Sobre el ataud, colocado en un furgon de artillería, se veían siete coronas. La que estaba en la cabeza, era la que el pueblo de Vich, admirador del difunto, puso á sus sienes, cuando entró en él la vez primera; otra grande y hermosa, cos-

teada por suscripción popular, otra rica también, espresión de la milicia ciudadana de San Andrés de Palomar; otra sencilla, pero elegante, ofrecida por la grande artista la Señora Giacinta Pezzana Gualtieri; otra presentada por una modesta obrera y dos más de siemprevivas, espresión de los Comités republicanos local y provincial. El luto era presidido por las autoridades y varios individuos de la familia.

Del féretro pendían diez gasas, que las llevaban representantes de los comités republicanos, del Municipio, de la Diputación provincial, de la Diputación á Cortes Catalana, de oficiales del ejército, y en representación de la familia figuraba el señor D. Feliciano Stulz, amigo fiel del malogrado Cabrinety.

Sus manes, sus deudos, parientes y amigos deben haber quedado en extremo satisfechos de las simpatías y religioso recogimiento con que el pueblo barcelonés le festejaba.

Nosotros que detrás del féretro caminábamos, nosotros que contemplábamos los semblantes de la inmensa muchedumbre que se agrupaba en torno suyo, veíamos y observamos con placer el sentimiento y el dolor que en todos ellos se mostraba. Hubo momentos en que nuestra imaginación fascinada por el respetuoso silencio que reinaba, creímos ver alzarse del ataud la sombra magestuosa de Cabrinety que crecía, que se multiplicaba y subía hasta las nubes para mejor abarcarla. Creíamos oír también su voz fascinadora que estas palabras de gratitud nos dirigía: «*Recibe, pueblo barcelonés, la espresión de mi más profundo reconocimiento por la magnanimidad con que sabes festejar al que sacrificó su vida en aras de la patria. Al ver tu continente, si posible fuera que mi cuerpo resucitara, cien veces mi vida te ofreciera para procurarte la libertad, la paz y prosperidad que con tanto ahínco para vosotros deseaba, y ¡ojalá que el sacrificio de mi vida despierte en vuestros corazones el ardor y entusiasmo que se necesita para aniquilar esas hordas de asesinos é incendiarios!*» Dicho esto desvaneciéndose la sombra ó vision que nuestros sentidos embargaba, y oímos con placer los cánticos con que el clero y junta del cementerio se preparaba á recibir el cadáver de nuestro malogrado deudo. Se depositó el ataud que lo encerraba en la capilla de aquel sagrado recinto, donde permaneció custodiado por lo guardia de honor, hasta la mañana siguiente en que se celebró una misa de cuerpo presente en sufragio de su alma, y fué enterado en un rico nicho que dicha junta ha ofrecido al malogrado Cabrinety con el mayor y más noble desprendimiento.

Las simpatías, la abnegación y magnanimidad que el pueblo de Barcelona ha demostrado á la desconsolada viuda y á la familia del finado nos obligan á dar en su nombre las gracias más espresivas.

Á los Sres. D. Feliciano Stulz y D. Francisco Estivill que con exposición de sus vidas fueron espontáneamente á buscar y trasladar á esta capital el cadáver, costeando el primero los cuantiosos gastos que se han ocasionado.

Á la población de Vich por los suntuosos funerales y demás pruebas de simpatía en favor del finado.

Á los presidentes y vocales de los comités que tomaron á su cargo la dirección de esta función cívica, y coronas fúnebres que colocaron sobre el cadáver.

Á todas las autoridades civiles y militares que se prestaron gustosas á hacer todo cuanto fuera necesario para honrar su memoria.

Al simpático Sr. Alcalde popular y demás corporaciones provinciales y locales que han contribuido con su asistencia á dar á la función cívica mayor esplendor y brillantez.

Á los que como admiradores entusiastas de Cabrinety han contribuido con su peculio á regalarle una suntuosa y fúnebre corona.

Á la grande artista la Sra. Giacinta Pezzana Gualtieri por haberse asociado á nuestro justo dolor, colocando sobre el féretro una elegante y fúnebre corona.

Á la milicia ciudadana de S. Andrés de Palomar por el testimonio de admiración significado al malogrado Cabrinety por medio de otra hermosísima corona.

Á la modesta obrera Cecilia Labandera que quiso colocar á los pies del cadáver otra corona tejida por su propia mano.

Á la Junta de la casa de Caridad por haberse apresurado á ofrecer con todo desprendimiento los coches de lujo para conducir el cadáver.

Á la ilustre Junta del cementerio, no solo por la manera dignísima con que se dispuso á recibir el fúnebre cortejo, sino también por su generosidad en ceder á la viuda del malogrado Brigadier una suntuosa sepultura para enterrar el cadáver.

Al Sr. D. José Vilaret, director del colegio de San Ildefonso, por el generoso ofrecimiento que ha hecho á la viuda de encargarse y costear la educación de los dos hijos varones de nuestro héroe.

Á los SS. presidente y vocales del comité republicano de Figueras por la invitación hecha á la familia del difunto para que se traslade á aquella población donde le ofrecen hospitalidad y la más amplia protección.

Á los Sres. Moliné y Vazquez que se prestaron á reproducir gratuitamente los retratos de Cabrinety y las columnas de este semanario. Gracias en fin á todo el pueblo catalán que tanta parte ha tomado en el justo dolor que experimenta esta familia por la muerte del que por él sacrificó su vida.—R. R.